FIESTA DE LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR (A)
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
6 de agosto de 2014
2 Pe 1, 16-19; Mt 17, 1-9

¿Por qué no tiene éxito la propuesta de Pedro? Él, hermanos y hermanas, había propuesto hacer tres tiendas en la montaña donde el Señor se transfiguraba. Una para Jesús, *otra para Moisés y otra para Elías*. Se encontraba tan bien, en aquella experiencia gloriosa, que la quería prolongar. Pero su propuesta no es acogida. Es que la Transfiguración debía ser un momento puntual en la vida de Jesús y en la experiencia de los tres discípulos, *Pedro, Santiago y Juan*, que la contemplaron. No se podía prolongar como Pedro quería. Porque el fin de la Transfiguración era preparar a los discípulos para afrontar la pasión y la muerte de Jesús que vendrían dentro de poco. Viendo que les costaría comprender que Jesús tenía que pasar por el sufrimiento, Dios les descubre momentáneamente la gloria de su Hijo. Pero no se pueden instalar en aquellos momentos gloriosos, como Pedro quería. Hay que bajar de la montaña y afrontar el día a día. Hacerlo, eso sí, con Jesús. Pero no contemplando su dimensión gloriosa, sino su humanidad débil y mortal.

Hay que bajar de la montaña y afrontar el día a día con sus dificultades y con el drama de la pasión que vendrá, pero guardando bien adentro del corazón la voz gloriosa del Padre: *Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo*. Es objeto de las complacencias tanto en el momento glorioso de la transfiguración como lo será en el de la cruz. Todo en él es objeto de complacencia del Padre, porque todo en él es donación de amor, todo en él es obediencia libre y generosa. Jesús y los tres apóstoles, con Moisés y Elías que dan testimonio de él en tanto que representan la Ley y los profetas, no se pueden quedar en la montaña, tal como Pedro desearía. Hay que bajar e ir adelante en el plan de Dios, enriquecidos por la experiencia de saber quién es este Jesús al que siguen y por la voz divina que les invita a escuchar porque su palabra les dará luz para entender la vida de cada día (cf. primera lectura).

Pedro, tiene que renunciar a su deseo de prolongar largamente ese momento glorioso y debe aprender que a lo largo de toda su vida tendrá que escuchar y seguir a Jesús, no en la transfiguración, sino por el camino de la cruz, que es el camino de la abnegación y de la donación total de la vida. Entre las palabras de Jesús que debe escuchar, hay ésta: el que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga (Mt 16, 24). Y aún: *Si uno quiere salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará* (Mt 16, 25).

Esta renuncia que San Pedro tiene que hacer, nos es educadora en nuestro camino de fe y de seguimiento de Jesús. Podemos tener momentos de experiencia espiritual intensa, en la celebración litúrgica o en la oración individual Pero este momento no suelen durar. Es más. Podemos pasar temporadas largas sin ninguna vivencia intensa; teniendo sólo la fe desnuda como soporte. La palabra divina dirigida a Pedro y a sus otros dos compañeros, nos enseña que, cuando cesa la fruición espiritual, no debemos perder la fidelidad al seguimiento de Jesús y tenemos que ver lo cotidiano iluminado por su palabra. Esta palabra y los momentos de intensidad espiritual, pocos o muchos según la pedagogía divina para cada uno, nos preparan para afrontar las dificultades de la vida de una manera coherente con el seguimiento de Jesús y al mismo tiempo nos anuncian la gloria gozosa de la vida futura en la casa del Padre.

El hecho de que Pedro propusiera construir tres tiendas en la montaña de la transfiguración, evoca el sentido de la fiesta judía de las tiendas o tabernáculos, la cual, recuerda los cuarenta años que el pueblo de Dios vivió en tiendas en el desierto y cómo Dios había habitado en un tabernáculo más en medio de ellos. Y esto nos lleva

a pensar que, efectivamente, Jesús es el Emmanuel -el Dios con nosotros- que ha plantado su tienda en medio de la humanidad (cf. Jn 1, 14). Pero no es una tienda plantada en una transfiguración visible sino en la discreción invisible. Cristo, con toda su majestad santa está presente en medio de nosotros todos los días hasta el fin del mundo (cf. Mt 28, 20); lo está, pero, de una manera humilde que sólo es perceptible por la fe.

Los monjes, desde que hemos oído la voz divina que nos presenta Jesucristo, nos complacemos en él. Y en nuestro itinerario de fe nos hacemos buscadores de la gloria de Cristo para alabarla, para adorarla. Y, conscientes de nuestra debilidad, deseamos mediante el trabajo espiritual, poder llegar a contemplar el rostro glorioso de Cristo al término de nuestra vida mortal. Mientras hacemos camino, procuramos irnos identificando con él, amado por encima de todo.

Por ello, los PP. Salvador Planes y Josep Massot, que hoy celebran su jubileo monástico, dan gracias a Dios haciendo suyas las palabras del salmista: *El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano: me ha tocado un lote hermoso, me encanta ni heredad* (Sal 15, 5). Son conscientes de que la llamada a la vida monástica es una iniciativa que viene del Señor, es él quien les ha dado su *suerte*, es él quien les ha llevado a formar *parte* de esta realidad tan querida que es Montserrat, compartiendo en ella la vida fraterna y el servicio a los demás con unos hermanos que el Señor les ha dado; y es el Señor, además, quien los sustenta en el camino y que se convertirá en su *heredad* para siempre en la vida del Reino de Dios. Una *heredad* pregustada ya en la celebración litúrgica, en la oración personal, en la fraternidad comunitaria. Les acompañamos ahora con la oración en la renovación de su donación como monjes.